





PEQUEÑAS NOVELAS

EL PRIMER VIAJE

*N. Diaz*

80-0111-4

860-3

JER

prc

*A. M. 72*

BIBLIOTECA DEL «CORREO DE ANDALUCIA.»

---

# EL PRIMER VIAJE

(EPISODIO)

POR

AUGUSTO JEREZ PERCHET



*R. 16.653*

MÁLAGA

Imprenta del «Correo de Andalucía»

Casapalma, 7.

1891.



THE PRINCE OF WALES

BY

JOHN

TO BE HAD OF THE

1801

---

I.

—Insisto, señor cura; la teoría tiene bastante fuerza para suplir los efectos de la práctica, en todos los casos.

—Amigo mio, está V. en un error y tanto, que si alguna vez procede según ese modo de discurrir, sufrirá graves desengaños.

—No lo espero.

—Sin embargo; lo que digo es perfectamente esacto.

—Entonces ¿de qué sirven los estudios?

—De mucho: pero entre las ideas que con ellos se adquieren y la aplicación de esas mismas ideas, hay gran distancia.

—No nos entendemos, señor cura.

—Claro que no. Como que cada uno de nosotros va por distinto camino.

—Pues yo me atrevo á demostrar á usted que estoy en lo firme.

—Ojalá sea yo el equivocado.

—Y confio en que Dios mediante, la demostracion ha de tener lugar muy pronto.

—¿De qué manera?

—Vamos á pasar en Málaga la temporada de baños de mar.

—¿Qué dices, Prudencio?—gritó una voz de muger

—¿Es posible, papá?—preguntó otra voz femenina, menos grave que la primera.

—¡Papá!... gruñó, por último, una tercera voz infantil, pero robusta y entonada.

—¡Ya! ¡ya!—dijo riendo el cura. Ha puesto usted en conmocion á la familia.

—Como que ignoraba mis propósitos,—repuso el llamado D. Prudencio.

—Bien, muy bien; me agrada la determinacion, aunque no la estime completamente oportuna.

—Málaga tendrá pronto un atractivo que ha de permitirme completar todo lo que me han enseñado varios libros de Julio Verne.

—¿Cuál?

—He leído en un periódico de Granada. que dentro de seis ó siete dias llegará el vapor *Alfonso XII* á aquel puerto.

—¿Y usted piensa?...

—Pienso visitarlo y conocer la realidad de las cosas marinas que tan admirablemente describe Julio Verne. Ya sabe usted que soy un marino consumado.

—Pero sino ha visto usted el mar

—Eso no importa. Sin conocerlo, aseguro que lo miro como un antiguo amigo y compañero.

—¡Vuelta á las andadas! Siempre el mismo tema de la práctica y la teoría.

---

## II.

La conversacion precedente habia tenido lugar en un pueblo de la Vega de Granada.

Vivia en el susodicho una familia rica, de buenas costumbres y de candidéz rayana en la necedad, compuesta de un matrimonio y dos hijos. Era aquel D. Prudencio y Doña Angustias, y eran estos Nicolasa y Pascual, á quien deudos y conocidos llamaban Pascualico.

D. Prudencio y su esposa tenian, respectivamente, cincuenta y dos y cincuenta años y no ofrecian rasgo alguno notable. Habian fengordado un poco,

merced á la edad y, sobre todo, la señora presentaba un delicioso tipo de característica, segun las aficiones de nuestro teatro cuando estaban en boga las comedias de Moratin. Verdad es que el olvido de la moda contribuia á dar un acentuado relieve al personaje, puesto que se identificaban á maravilla con el aspecto físico de doña Angustias, sus gustos en el vestir.

Menos montaráz que su esposa, cifraba D. Prudencio su orgullo en ser hombre del dia; pero por desgracia y aunque otra cosa creyese, mediaba un abismo entre sus pretensiones y el realismo de la esactitud. Trajes de formas envejecidas servianles para desplantes inofensivos y actitudes que juzgaba irreprochables en órden á la elegancia y, por último, figuraba cual coronamiento de sus flaquezas, una pasion fervorosa hácia la literatura de viajes.

En el fondo, era D. Prudencio un individuo escelente y, como labrador, poseia conocimientos profundos, merced á la circunstancia de haber pasado la vida consagrado al cultivo de sus haciendas, de manera que podia servir de modelo bajo este punto de vista, y en el de jefe de familia.

Ni esta ni D. Prudencio habían viajado. Nacieron á orillas del terruño, crecieron en el pueblo y limitaban sus aspiraciones á contemplar los pródigos campos de la Vega, á deleitarse en el panorama de Granada que surgía en el lejano horizonte y á recorrer la hermosa capital el día de la *Toma* y el del *Corpus*. Hé aquí las novedades que rompian periódicamente la existencia monótona de aquellos individuos y que un demonio tentador, imbuido en la imaginación de don Prudencio, quería modificar ahora.

Nicolasa, jóven de diez y siete años, solo gustaba; en el concepto de placeres y distracciones, la prosa del cotidiano paseo en coche á tal cual predio rústico y el cuidado de las aves de corral.

La tertulia de su casa limitábase á los notables del pueblo y allí se hablaba siempre lo mismo: si llueve; si no llueve; si el tiempo es bueno para aventar; si ogaño *cargan* los olivos: si el cáñamo presenta este ó el otro aspecto, etc., y para que todo contribuyese al sopor intelectual, la pobre muchacha apenas tenía atractivos naturales que pudieran servir de estímulo á la gente moza, en eso de requerirla de amores.

Paseual contaba catorce años y á juz -

gar por su desarrollo de atleta, se le podían asignar casi otros tantos; pero según suele acontecer, el cuerpo crecía á costa de la inteligencia.

Oyó mencionar varias carreras y olvidando que ganaba penosamente en el Instituto de Granada los cursos de latinidad, cifraba sus ilusiones en ser ingeniero agrónomo, así para satisfacer un vehemente deseo, cuanto por lo que pudiera servir á la posición de su padre.

---

### III.

Poco despues del toque de ànimas, retiróse la tertulia que llenaba en el domicilio de D. Prudencio una anchurosa estancia, mitad cocina y mitad salon, donde en invierno ardian poderosos troncos, bajo la campana de chimenea descomunal.

—Oye, Prudencio;—preguntó doña Angustia, luego de despedirse los amigos y cerrar la puerta de la calle.—¿Qué has dicho de Málaga y de los baños de mar y de un barco que quieres ver?

—Lo que has oido—repuso D. Prudencio.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué necesi-

dad tenemos de baños de mar?—Ninguno de la familia los ha tomado nunca y á ninguno le hacen falta, y todos estamos saludables y gordos

—Muger, los baños son un pretesto; la verdad es otra.

—¿Y hemos de sufrir por un pretesto los peligros de un viaje?

—Yo te diré...

—Por mucho que me digas, no veo la precision de ese viaje. ¡Cuidado con el capricho de esponernos á seis ó siete horas de ferro-carril, á vivir en la fonda, cosa que jamás hemos hecho, á tratar gentes desconocidas y á entrar en un barco, que es invencion del mismo diablo!

—Mira. Angustias, hay varias razones que justifican mi proyecto. Es indispensable, para alternar dignamente en la sociedad, tener experiencia de la vida y demostrar con datos aquello que se dice. Lo contrario equivale á ser un majadero.

—Pues, hijo, yo creo que tú eres el majadero, si te propones tantas lindezas por figurar, como un hombre extraordinario, en nuestra sociedad, reducida al cura, al alcalde, al secretario y á media docena de labradores.

—Déjate de exageraciones. El saber no ocupa lugar y conviene adquirirlo cuando se presenta la ocasion.

—La ocasión no se presenta ahora; es que tú vas á buscarla.

—Tanto dà.

—Te equivocas

—Me obligas á que lo aclare todo.

—Y yo me alegro mucho de que te decidas á ser franco.

—Aun suponiendo que este viaje ofrezca motivos de alarma hay que sacrificarse por nuestros hijos.

—No entiendo.

—Ellos empiezan á entrar en el mundo y les ha de servir eficazmente una lección de geografía práctica. Me parece que el pensamiento no puede ser combatido.

—Mamá.—interrumpió Nicolasa—yo quiero ir á Málaga.

—Y yo—repitió Pascualico.

—¿Lo ves?—añadió gozoso don Prudencio. La mayoría está en contra tuya.

—¡A Málaga! ¡A Málaga!—gritaron los dos hijos, y en presencia de semejante actitud, acaso precursora de un motin casero, la buena madre exclamó:

—Está bien; me resigno. Vamos á Málaga y á los baños y al vapor.

—Yo te aseguro que no te pesará—insistió don Prudencio, mostrando una sonrisa de superioridad, como del hombre que disculpa la agena ignorancia.

---

#### IV.

Difficil fué la tarea de colocarse en condiciones de hacer la expedición.

Además de no haber viajado, carecía la familia de D. Prudencio de relaciones con personas peritas en el particular; de suerte que por intuición antes que obedeciendo à la necesidad ó la conveniencia, salió del apuro. Verdad es que al delicado gusto suplía el alarde rumboso, y à la elegancia el chocarrero atavío; pero al cabo y tras multitud de visitas à Granada, todo quedó listo.

La noticia del próximo viaje corrió por el pueblo y seguidamente engendró distintos comentarios.

¿Qué habia sucedido para que aquella familia adoptase tal resolucion.

—Yo creo,—decia uno,—que eso de dejar la casa propia y meterse en aventuras es un desatino.

—Pues yo,—advertia otro personaje,—no critico la conducta de D. Prudencio. En los viajes se ve mucho.

—Desengañese uste,—replicaba un nuevo interlocutor.—Por mucho que se vea, no encontrarán en parte alguna estos olivares ni estas tierras de pan llevar.

—Sin embargo,—observaba un aristócrata exhausto de rentas—yo envidio á D Prudencio y aseguro que si mis negocios me lo permitiesen no me habria tomado la delantera.

—Por mi parte—decia el indispensable misterioso de la localidad—difiero de todo lo que ustedes creen. Ese paseo á Málaga tiene otro objeto.

—¿Qué está usted hablado?

—La verdad. Aquí se trata de un asunto de trascendencia.

—¿A ver? ¿A ver?

—Se trata de casar á la niña.

Y con murmuraciones y diálogos tan insulsos como este, los desocupados del pueblo mataban el tiempo, abriendo por este sistema un paréntesis á su existen-

cia uniforme y reposada, en la que no entraban como factores las impresiones constitutivas del claro-oscuro à favor del cual las facultades del hombre se ponen en juego y cumplen sus respectivas misiones.

---

## V.

La aparición de D. Prudencio, su esposa y sus hijos en la Estacion del ferrocarril, ofreció un espectáculo de novedad. No de otro modo que si se tratase de abandonar para siempre el hogar querido, acudieron en son de despedida los criados de la casa y hasta los servidores de los cortijos.

Cada cual, recordando lo que habia oido, se atrevia á dar un consejo, siempre escuchado con respeto, pues la gente aquella creia asunto de trascendencia empaquetarse en el coche y dejarse llevar por el vapor; esto es, por una fuerza que no acertaban á comprender apesar de

las noticias (sobrado confusas) de don Prudencio, quien alarmado como su familia, procuraba sonreir de manera heroica para inspirarle valor en tan criticas circunstancias.

Rugió la locomotora y à su estridente sonido lanzó doña Angustias un grito y balbuceó estas palabras, dirigiéndose á su esposo:

—¡Cuando te he dicho que es una locura este viaje!...

—¿Por qué?—preguntó D. Prudencio, amarillo como la cera.

—Por que esto no se parece á nada. A mí me gustan las cosas muy claritas y aquí no sabemos quien tira de todos estos carromatos.

—Ya te lo he explicado mil veces.

—Pues tu explicacion no entra en mi reino.

Volvió á sonreir D. Prudencio, y para dar ejemplo subió á un coche de primera y colocó los variados objetos de viaje, entre los cuales figuraban sacos de mano, el lio de bastones y paraguas y una cesta panzuda y de dimensiones extraordinarias.

¡Ah! D. Prudencio parecia familiarizado con aquel género de locomocion. Doña Angustias y sus hijos lo miraban asombrados y se les figuraba tener á la

vista un personaje legendario, uno de esos prototipos del valor, de quienes les hablaban la historia de moros y cristianos.

La campana dió la primera señal, y D. Prudencio que estaba al tanto de los detalles reglamentarios, dijo:

—¡Arriba!

Obedecieron hijos y esposa, despidiéronse de cuantos habían ido desde el pueblo para darles el adiós postrero y á poco un silbido imponente, agudo y desgarrador fué el último preludio de la marcha. Gimieron las cadenas, estendidas con rigidez y el convoy comenzó á deslizarse sobre la vía.

—¡Dios nos saque con felicidad!—esclamó D.<sup>a</sup> Angustias, mientras se santiguaba temblando. Nicolasa imitó á su madre y Pascualico limitóse á abrir la boca.

En cambio, D. Prudencio, algo trémulo pero afectando sangre fría, sacó la petaca, encendió un cigarro, pasó las piernas desde su asiento al de enfrente y entregóse á la contemplación del paisaje, con indolencia musulmana.

Un poco más allá de Loja cruzaron el primer túnel, tan corto, que no hay necesidad de encender las lámparas de los coches; y al advertir D.<sup>a</sup> Angustias la

transición de la luz á la oscuridad y el cambio del ruido del tren, ahora profundo y medroso le fué imposible reprimir una frase de espanto y desfallecimiento. Palpando en las tinieblas logró agarrarse á su marido y llorosa exclamaba:

— ¡Esto es el fin del mundo!

— ¡Vámonos á Granada!—decía, Nicolsa.

— ¡Papá! ¡Papá!—repetía Pascualico.

— ¡Tranquilizáos!—No es nada; no es nada;—replicó D. Prudencio más muerto que vivo.

De pronto se hizo la luz, apareció á uno y otro lado de la vía la féráz campiña y entonces el viajero se apresuró á murmurar, no repuesto del susto:

— ¡Era un túnel!

En Bobadilla el estupor de los expedicionarios llegó al colmo.

— ¡Bobadilla, veinte minutos!

He aquí las palabras que primeramente hirieron sus oídos.

Allí habia movimiento desusado; locomotoras que caminaban en distintas direcciones, mucha gente en el andén de la estacion; camareros del restaurant, que se acercaban á los coches preguntando si los viajeros iban á almorzar.

El caso no estaba previsto por D. Prudencio, y hasta el mismo Julio Verne

quizá habia omitido su mencion.

Los escelentes lugareños se miraron silenciosos y aquella mirada equivalia á una interrogacion.

—¡Seguidme!—dijo súbito D. Prudencio

Todos bajaron sin titubear, llevando consigo la *impedimenta*, que descansaba en el enrejado y en el suelo del carruaje.

—Vamos al restaurant—añadió en tono imperativo.

Y fueron efectivamente, al restaurant.

Allí los dejó perplejos otra sorpresa. Una de las mesas mostraba sencillo aspecto y la otra aparecia engalanada con centros flores y diferentes accesorios que acusaban buen gusto. ¿Donde se sentarian?

—Oye, Prudencio—advirtió doña Angustias —La mesa de tanto lujo me parece que será para algunos convidados.

—Asi lo creo—repuso el marido.

—Entonces, nos colocaremos en la modesta.

Lo hicieron y la expectativa del almuerzo borró las impresiones de terror.

—¿Que va á ser?—preguntó un camarero, acercándose á los recién llegados.

—Hombre,—contestó D. Prudencio— para *hacer el estómago*, empezaremos por unas sopas de ajo.

—No hay, caballero.

—Entonces, una sopa cualquiera, y un guisado de cabrito.

—No tenemos cabrito.

—Hombre, hombre; y á esto le llaman un restaurant?

—Caballero, estamos perdiendo el tiempo y dentro de diez minutos sale el tren para Málaga.

—Bueno—dijo con filosofía D. Prudencio; y dirigiéndose á Pascualico, le pidió la cesta.

Dióselo el mocetón, sacó el padre de las profundidades de aquella especie de tinaja un trozo de longaniza, perfumada y roja, que parecía una culebra, y quiso entregárselo al camarero diciendo:

—Tome V. y que nos frian eso

El camarero, impacientado, se limitó á observar.

—Aqui no preparamos las comidas que nos traen.

—Y ¿qué hemos de hacer?—arguyó doña Angustias. Las frioleras que vienen en la cesta son para luego. Nosotros estamos en ayunas y toda esa gente, sean ó no convidados, se atracan en la mesa grande.

—Precisamente iba á indicar á los señores que debian sentarse á la mesa redonda y tomar lo que los demás viajeros.

La familia invadió la mesa vecina y comenzó la tarea de saciar el apetito. Pero ¡oh desencanto! Habian desperdiciado el tiempo de que les hablaba el mozo y apenas colocados los forasteros en las sillas, oyeron las palabras de ritual:

—Viajeros para Málaga: faltan cinco minutos.

Casi á la vez, uno de los camareros, previsto de la tradicional bandeja, empezó á pedir el importe del almuerzo.

—Esto es un escándalo! vociferaba doña Angustias. Todavía no hemos abierto la boca, y ya nos asustan con que se va el tren y nos exigen el precio de un almuerzo que no hemos probado.

—Hay que resignarse,—contestó don Prudencio y se apresuró á pagar la cuenta.

Los viajeros salian entretanto, del comedor y la familia de la granadina Vega hizo lo propio, renegando de Bobadilla y del restaurant.

Sonó la campana; el tren volvió á partir.

Era necesario reparar las fuerzas y

despues del triste desengaño recien sufrido, D. Prudencio y su gente tuvieron que recurrir á la costa. Apareció de nuevo la apetitosa longaniza, y no hubo más remedio que devorarla cruda, con lo cual dejaba en el pan y en los dedos sangrientas huellas. En fin, olvidóse el mal rato de Bobadilla y, salvo el instintivo horror que Doña Angustias, Nicolasa y Pascualico experimentaban cuando el convoy desaparecia en las cavidades de los túneles, pasó alegre la mañana y á poco, tras los montes calvos y escuets, apareció el valle de Alora, con sus plantaciones de naranjos, limoneros y granados, como feliz contraste de las desoladas cumbres de los Gaitanes, que quedaban lejos.

Acostumbrada la familia de don Prudencio á los maravillosos esplendores de Granada y de sus campos, no podia admirarse de la graciosa decoracion; pero en cambio, buscaba con empeño el mar azul, que debia estar próximo, segun las emanaciones que traia la brisa; emanaciones en nada parecidas á las de valles, montañas y llanuras.

---

## VI.

Tenemos, pues, en Málaga, la familia que hasta aquel momento vivía tranquilamente en la Vega de Granada. Ocupa cómodas habitaciones en un hotel; ha visto el mar, experimentando las inesplicables emociones de quien por primera vez se encuentra frente al poderoso gigante de la creación, y ya estinguidas las amarguras del viaje, empieza a comprender que hay un encanto indudable en recibir impresiones y conocer el mundo, sin limitarlo al pedazo de tierra donde se ha nacido y donde se espera morir.

D. Prudencio y su respetable esposa,

ni más ni menos que los simpáticos niños, estaban en Málaga como en su centro, y casi tenían pretensiones de llamar la atención.

Es seguro que merced á su indumentaria coquetona hubiera D Prudencio dado golpe allà en su pueblo. Vestía un terno de dril y cubría su cabeza con un rígido sombrero de paja, de los que denunciaban su precio de catorce reales, adornado por una ancha cinta, en la que figuraban latigos, espuelas, herraduras y otros atributos característicos del *sport*.

Sin embargo, contra el unánime sentir de la familia, la presencia de estos honrados tipos rurales pasó desapercibida en el paseo y en los baños, y solo algún guason dirigía requiebros humorísticos á Nicolasa, la cual bajo el peso de su sombrero engalanado con flores, sudaba la gota gorda, no de otra suerte que si llevase en su cabeza un *cármén* de Granada.

Todo marchaba á las mil maravillas y aunque aquella gente no aprendía con la expedición veraniega, pues á nadie conocía y de nadie adquiría datos y ese cúmulo de pequeñeces que sirven para formar un caudal en el que teoría y práctica se confunden, es lo cierto que á las

revelaciones del carácter inculto y á los asombros de la naturaleza huraña sucedían la inspección reposada y el razonamiento siquiera mediano.

Pero llegó el instante de la prueba y fué cuando D. Prudencio entró un día en el hotel, diciendo con infantil regocijo:

—¡Ya ha venido! ¡Ya ha venido!  
¡Viva!

—¿Quién?—preguntaron doña Angustias y sus hijos.

—¿Quién ha de ser? El *Alfonso XII*.

—¡Bravo! ¡Bravo! repitieron Nicolsa y Pascualico, dando saltos de alegría.

—¡Vaya una pieza!—añadió D. Prudencio.—Ni el *Nautilus* de que habla Julio Verne, ni el vapor en que fueron los hijos del Capitan Grant en busca de su padre, se le igualan.

Doña Angustias recordó en un momento las congojas sufridas en el tren, y preguntó:

—¿De modo que estás resuelto á que vayamos á ver ese barco!

—¡Ya lo creo!—repuso el marido.

—¿Y lo has reflexionado?

—¡Qué ocurrencia!

—Me parece que antes debias informarte de alguna persona que sepalo que son esas visitas.

—¿Para qué?

—La prudencia no está reñida con la curiosidad.

—Yo considero que no supone una temeridad el hecho de entrar en un vapor.

—Y yo pienso al contrario.

—¿Qué dirías entonces de los que navegan?

—Son una docena de locos.

—¿Y los que prestan al comercio importantes servicios dedicándose á la profesion de marinos?

—Son hombres acostumbrados.

—Pues para acostumbrarse hay que pasar un noviciado.

—Pero nosotros no estamos en ese caso; de manera que sobre la visita.

—Vamos, mamá, no insista usted —interrumpió Nicolasa —Yo quiero ir al *Alfonso XII*.

—Y yo tambien —añadió Pascualico.

—Iremos, hijos míos, —repuso la madre con mansedumbre, —más la Virgen de las Angustias sabe que os acompaño como si fuera al matadero.

—Tranquilizate, que nada nos sucederá —observó D. Prudencio y con júbilo de los jóvenes se convino la hora de ir á bordo; esto es, de que aquél hombre realizase unos de sus ensueños. Y, no obs-

tante; desde su llegada á Málaga habiase limitado á contemplar en la Cortina del Muelle el inquieto mar, sin decidirse á poner el pié en un bote. El coloso le imponía y esto fué la causa de que se abstuviese de hacer relaciones con el Mediterráneo azul.

Ahora surgía un caso de dignidad y no debía retroceder.

---

## VII.

El *Alfonso XII* se destacaba magestuoso, fuera de puntas, y su arrogante mole recortábase poderosa, mostrándo las dos chimeneas y los cuatro mástiles, rematados por banderas izadas á los topes.

Los inteligentes en construcciones náuticas y los simples aficionados á las cosas de mar, miraban con interés aquel modelo de buques, ya admirando la gallardía del casco, de fina proa, ya sus proporciones extraordinarias.

D. Prudencio llegó con su familia al embarcadero y estendiendo un brazo hacia la nave, exclamó con actitud dramática ó poco menos:

—¡Aquél es!

Doña Angustias, Nicolasa y Pascualico respondieron con frases de asombro, pero antes que pudieran saciarse en la contemplacion del objetivo, una nube de boteros rodeó á los lugareños ofreciéndoles sus servicios.

Ajustado el pasaje, comenzó la tarea, sobrado peligrosa, de saltar á la pequeña embarcacion. D. Prudencio fué el primero y aunque con trabajo y torpeza lo siguieron sus hijos.

Llegó el turno á doña Angustias y entonces estalló el conflicto. Hubo necesidad de numerosos brazos para empujarla al bote, y cuando tocó la fragil navecilla que se mecía con alarmantes movimientos, lanzó un grito de *¡socorro!* tan terrible, que al oirlo acudió el carabinero de la esplanada del muelle, y algunos transeuntes, ignorantes de lo que sucedía, tocaron los pitos de alarma y corrió al embarcadero la pareja de Seguridad, hasta que averiguada la causa del escarcéo trocóse en risas y en silbidos la pública espectacion.

Eutretanto, los dos remeros bogaban vigorosamente, alejandose del muelle.

—¿Qué hemos hecho?— murmuraba doña Angustias, llorando á lágrima viva.

D. Prudencio no pudo contestar, por-

que la emocion se lo impedia; y en cuanto á Nicolasa y Pascualico, permanecian mudos de miedo, formando un grupo con sus padres.

El bote se deslizaba sobre las aguas, movidas á favor del sudeste y en ocasiones algunas gotas salpicaban á los viajeros.

Llegados estos al pié de la escala del *Alfonso XII*, volvieron las dificultades para que doña Angustias lograrse saltar á los peldaños; más vencidos todos los contratiempos, remataron felizmente la expedicion.

Doña Angustias, dueña ya de sus facultades, dijo á su esposo, entre iracunda y avergonzada:

—¡Esto es una imprudencia! Aquí no hay quien nos reciba.

Y fijando luego la vista en la arbolaria y en las escalas que parecian ascender al cielo, cambió de tono y esclamó con espanto;

—¡Virgen Santisima! Es imposible subir tan alto. Lo que es yo, me quedo aquí abajo.

D. Prudencio le hizo conocer el error de sus apreciaciones y seguidamente comenzó la visita.

La imaginacion más fecunda seria in-

capáz de hacer la reseña de las impresiones que experimentaron D. Prudencio y su familia. Todo les causaba estrañeza, pues jamás habian visto aglomerados tantos detalles de comodidad, riqueza y elegancia. Los mármoles, las maderas talladas, la profusion de luces eléctricas, la magnífica escalera de popa, el suntuoso comedor, el mobiliario, las máquinas, las múltiples dependencias, les arrancaba exclamaciones de asombro.

El oleage de la bahia no afectaba al *Alfonso XII*. Ceñianse las aguas á las bandas en ondulante línea, pero el casco permanecia inmóvil, de suerte que sin esfuerzo juzgábase los forasteros como si estuvieran en su propia casa.

Llegó la hora de volver á tierra. Habia muchos visitantes á bordo, y doña Angustias y sus hijos siguieron la accion de varios de los que iban á embarcarse y tomaron la escala, en la creencia de que D. Prudencio formaba parte del grupo, toda vez que llamado por Pascualico respondió un momento antes.

Confundidos, segun acontece en los sitios de aglomeracion de gente, entraron en el bote, y solo entonces notaron la falta de D. Prudencio. La mar engrosaba por instantes y los remeros deseaban llegar al embarcadero; así es que al pre-

guntar doña Angustias por su marido; contestó uno de los boteros, mientras los expedicionarios se alejaban del *Alfonso XII*.

—*Ma paesio veslo* en aquel bote que se *satraca* del *vapó*.

—Pues yo no lo veo—advirtió doña Angustias.

—Vamos otra vez al barco; añadió Pascualico.

—Por mi *salusita*, le digo á *osté* que no podemos—observó el marinero.

—Le daremos á V. doble de lo tratado—insistió la pobre señora.

—*Manque mos diera osté* más perros chicos que vale el *vapó*.

—Pero hombre de Dios ¿porqué es *usté* tan terco?

—Señorita ¿no está *osté* mirando que la mar *mos* come?

—¿Y mi marido?

—Ahí detrás viene.

—¿Y si no se ha embarcado?

—Entonces estará tan ricamente, porque ese buque no hace agua.

Los forasteros desembarcaron y se decidieron á sentarse en la Cortina del Muelle, aguardando el regreso de don Prudencio. Por desgracia este no volvía y la situacion empezaba á ser en extremo violenta.

Cerró la noche. La masa del vapor borrose entre las brumas y la atribulada familia aun miraba con ojos espantados aquel mar inmenso que, en vez de los brillantes colores con que se embellecía por la tarde, mostraba en la proximidad del embarcadero acerados y fugitivos reflejos, semejantes á diabólicas sonrisas.

Doña Angustias derramaba lágrimas como ciruelas; la niña sollozaba y Pascualico berreaba de tiempo en tiempo:

— ¡Papá!

Transcurridas algunas horas de desesperacion y cuando no sabian qué partido tomar, pasó al lado de la infortunada familia un guardia de Seguridad y creyendo ver doña Angustias en aquel hombre la solución del problema, lo detuvo y le dijo llorosa:

— ¡Mi esposo se ha perdido!

El agente abrió tanta boca y pidió esplicacion de lo sucedido; pero al saber que se trataba del vapor, apresuróse á replicar:

— Señora, el *Alfonso XII* ya no está en el puerto.

— ¿Que no está?

— Se ha ido hace más de dos horas.

— ¡Ay, san José bendito! Málaga va á ser mi sepultura.

— Vamos, señora, no se ponga V. así.

—¿Que es lo que usted desea?

—Que me indique V. la residencia del señor Obispo, porque somos forasteros.

—Con mucho gusto; pero en lo del esposo que se ha perdido, nada puede hacer el Obispo.

—¿Cómo que nó?

—El asunto corresponde al gobernador civil.

—¿Y qué tiene que ver el gobernador en las cosas de familias?

—Puede dar orden para que busquen á ese caballero que es, sin duda, lo que V. solicita.

—Si, si.

—¿Quiere V. que vayamos á la Aduana, donde vive el gobernador?

—Yo lo que quiero es encontrar mi marido.

—Tranquílese V. que lo encontrará.

Fueron á la Aduana y contaron el caso al gobernador, y telegrafió este á su colega de Cádiz, en demanda de noticias que debia adquirir en el *Alfonso XII*, tan luego llegase el vapor al puerto.

---

## VIII

Omitimos la mención de las amarguras y de las terroríficas visiones que acompañaron á doña Augustias y sus hijos durante la noche pasada en el hotel, sin la compañía de D. Prudencio.

Era la primera vez que estaban privados de su vista y esto por intervencion de un azar incomprensible; pero en lo sucedido figuraba un tremendo factor, el mar, y acaso sus veleidades inícuas habrían destrozado la suntuosa embarcacion, arrojando á la costa sus restos informes y arrebatando la existencia al excelente padre de familia.

¡Qué diferencia entre la agonía de las

horas presentes, y el plácido reposo gustado hasta entonces en el humilde pueblo de la Vega de Granada!

El día transcurrió de la manera más cruel que puede imaginarse. Pascualico fué dos ó tres veces á la Aduana, pero el gobernador no habia tenido noticia alguna, transmitida por su compañero el de Cádiz.

La situación se hacia insostenible, más á la noche doña Angustias recibió un telegrama, que decia así:

«Llegué Cádiz sin novedad. Salgo mañana Málaga.

Prudencio.»

Hubo sus dificultades, para traducir aquel parte de abreviada redacción y á la postre, doña Angustias y sus hijos lograron penetrarse de su contenido.

Sin embargo, una duda los asaltaba. ¿Era de D. Prudencio el parte? ¿No podía ser de otra persona? Y puesta la imaginación en el terreno de las suposiciones, divagó á placer, aunque aceptando con preferencia lo inverosímil y lo absurdo.

—Vamos en busca del gobernador— dijo por fin doña Angustias. Yo quiero que conozca este papel.

Y la aflijida esposa, con la rehata de

sus hijos, corrió al despacho de aquella autoridad.

El gobernador estaba en el teatro circo de la Opera y los forasteros se encaminaron allí, tomaron las respectivas entradas; preguntaron por el palco donde se encontraba el representante del gobierno, y lo invadieron en masa.

Miró el gobernador con disgusto semejante visita. más antes que hubiera podido hablar una palabra siquiera, exclamó doña Angustias, mostrando el telegrama;

—¡Lea usted!

Leyó la autoridad y se encogió de hombros, con lo cual añadió la esposa de D. Prudencio.

—Mire V. señor gobernador; mi esposo ha sido secuestrado.

— Señora, repare V. que eso es imposible.

—La gente de mar no me inspira confianza.

—Pero...

--Mi marido, aunque me esté mal el decirlo, es primer contribuyente en nuestro pueblo; tiene muy cubierto el riñon, y nada hay de extraño en que algunos picaros, euterados de este viaje, quisieran dar un golpe de mano.

—Tranquílcese V. señora. Su marido

está libre y contento en Cádiz. Claramente lo dice el despacho telégrafico que usted ha recibido.

—Pero, señor gobernador—insistió doña Angustias agitando el papel— ¡si esta no es la letra de mi marido!

El gobernador hizo un esfuerzo para reprimir la risa ante aquel alarde de ignorancia, y al cabo logró calmar la familia, recomendándole que á la hora oportuna del dia siguiente fuera á la estacion del ferro carril, donde tendria el placer de abrazar á D. Prudencio.

Doña Angustias y Nicolasa se despidieron del gobernador suspirando, y Pascualico, más vehemente, lanzó un ¡*Papá!* que interrumpió en una escena culminante la representacion y fué contestado con un enérgico ¡*Fueral!*, por el público sorprendido.

Los lugareños, rojos de vergüenza, atropellándose y taconeando, abandonaron el teatro entre la rechifla general y corrieron al hotel á ocultar sus lágrimas y su quebranto.

---

IX

La familia acudió á la estacion del ferro-carril y como no llegó D. Prudencio, estuvieron Doña Angustias y sus hijos, á punto de enloquecer.

Por fortuna, repitieron el paseo al otro dia, desolados y temerosos de recibir un desengaño.

A la hora reglamentaria mostróse el tren entre las hiladas de árboles de la via y latieron á un mismo tiempo los corazones de la madre y los hijos.

- ¡Míralo! ¡Míralo! ¡Allí viene!— esclamó Doña Angustias.

- ¡Ay, qué gusto!—añadió Nicolasa.

- ¡Verdad que está ahí!—observó Pascualico.

Y en efecto; la mitad del cuerpo de D. Prudencio asomaba por una ventanilla, así como una mano que agitaba el sombrero de paja.

Escusamos describir la efusión de la familia al verse confundida en un abrazo expansivo, monumental; en uno de esos abrazos que solo resisten las complejiones robustas.

Un chaparrón de preguntas cayó súbito sobre D. Prudencio; y como no era fácil satisfacer con una sola respuesta la curiosidad de la esposa y de los hijos, tuvo que decir el viajero:

—Poco á poco. Vamos por partes. Tomemos el coche que ha de llevarnos al hotel, y hablaremos en el camino.

—Bueno, bueno,—replicó Doña Angustias,—pero ¿por qué no llegaste ayer, conforme habias anunciado?

Guiñó D. Prudencio un ojo, con aire de conquistador; echóse el sombrero sobre la cénja izquierda; púsose en jarras, y á media voz comenzó á cantar:

A mi me gusta Sevilla  
por los toreros,  
la Puerta de la Carne  
y el Matadero

—¡Hombre! ¡Hombre!—observó su esposa estupefacta.

--Calla,—insistió D. Prudencio mu-

dando de actitud y haciendo palmas a<sup>1</sup> estilo de los bailes y los cantos *flamencos*. Sevilla es la tierra de *buten*.

--¿Que dices?

--Pues, nada. Que subamos al coche.

Asi lo hicieron, y ya enmarcha, habló D. Prudencio de este modo:

--Cuando visitamos el *Alfonso XII*, distraido con las curiosidades de tan hermoso barco, no advertí que se ponía en movimiento. Habia yo bajado á la cámara y estaba tomando cerveza y hablando con el mayordomo.

--¡Cerveza! Una bebida que, segundicen, sabe á... demonios--interrumpió doña Angustias.

--Noté, por último--(siguió su esposo)--que el vapor se movia demasiado y, la verdad, incurri en la prosa de marearme. Parecia que el aire me faltaba y subí al puente en su busca. Entonces, miré con espanto á todos lados y... en lugar de Málaga, hallé una linea confusa de tierra y en sustitucion de las olas apacibles de aquel puerto, olas verdes coronadas de espuma, que se abrian á la manera de medrosos valles.

--¡Qué horror!--dijo temblando doña Angustias.

--No lo creás; todo ello se reducía á la

*mar bella* de que habla Julio Verne.

—Pero papá—observó Pascualico—¿de qué le han servido á V. las lecturas de ese autor? Yo creia que después de aprenderse, casi de memoria; tantas cosas de mar, estaria V. libre del mareo.

—Eso creia yo tambien—repuso don Prudencio—solo que me he equivocado.

—¡Para fiarse de los libros!—añadió sentenciosamente doña Augustias.

—En fin, hija mia, tuve que resignarme.

—¿Y por qué no se detuvo el barco?—preguntó Nicolasa.

—No seas ignorante. Un buque en marcha es una cosa muy seria.

—Pero si V. iba allí por equivocacion, debieron remediar lo sucedido.

—¡Y vaya si lo remediaron! Como que desembarqué en Cádiz.

—Hombre, tiene gracia. Si allí iba el vapor no te hicieron ningun obsequio—arguyó doña Augustia.

—En Cádiz pagué mi pasaje, me despedí del capitán y pensé, únicamente, en llegar á Málaga lo más pronto posible.

—Se conoce, hijo, se conoce.

—Vamos, Augustias, haya indulgencia. Figúrate que en la fonda, despues de ponerte el parte anunciando mi pró-

xima salida, me llenan la cabeza de cosas de Sevilla, en términos que no era posible resistir la tentación.

—¿Y el recuerdo de tu familia?

—En el mismo sitio, en el alma.

—¡Picaro! Eso no se hace.

—Entré en deseos de conocer esa capital y tomé billetes solo hasta Sevilla para dedicarle siquiera algunas horas.

—¿Y por qué no avisó V. el cambio?— preguntó Pascualico.

—Porque hubiera sido alarmante transmitir un telegrama á los pocos minutos de enviar el primero—respondió D. Prudencio.

—Un buen esposo y un buen padre, no se para en temores—advirtió doña Augustias.

—¡Lo que se aprende en los viajes!— exclamó don Prudencio,—como si no hubiera oído la filípica de su mujer.

—Ya lo creo (insistió ésta). Se aprende á tunantear.

—¡Ay qué barrio de Triana! ¡Qué barrio de San Bernardo! ¡Qué orillas del río!

—Papá--dijo Pascualico entusiasmado. Yo quiero ir á Sevilla cuando sea ingeniero agrónomo.

—Es una cosa muy puesta en razón,—respondióle su padre; y como habían

llegado al hotel, se dió por terminado el tiroteo de quejas y reconvenciones nacidas del cariño, y solo pensaron todos en regresar al pueblo, lo que efectuaron al otro día.

---

---

X

—Y bien, amigo mio,—preguntaba algunas noches después el cura á don Prudencio, sentados en la habitacion donde los conocimos al empezar esta historia.—¿Sostiene V. las ideas que antes de emprender el viaje?

—Calle V. señor cura—interrumpió doña Angustias.

—¿Por qué, señora?

—Porque se me sublevan los nervios cuando se habla de viajes.

—¡Bah!—repuso D. Prudencio.—Esas son exageraciones. Todo el mundo viaja y á nadie se le ocurre estremecerse por semejante asunto. En cuanto á la pregun-

ta de V., señor cura, he de ser franco, Reconozco, lealmente, que anduve equivocado.

—Me placela manifestacion—dijo sonriendo el párroco. La teoria siempre se nos presenta como el camino llano; y si queremos convertirla en práctica, se transforma en áspera pendiente.

—Convenido; pero en tal caso y concretándome á nuestro viaje ¿cómo se explica que antes y ahora juzgase V. que realizado por nosotros iba á resultar un fiasco?

—La razon es muy sencilla.

—No la adivino.

—Pues consiste simplemente, en que esa expedicion estaba informada por la vanidad.

—Y ¿acaso la mayoría de las escursiones de recreo no obedecen á igual móvil?

—Sin duda: más hay una diferencia. Las expediciones de que V. habla las hacen personas acostumbradas á la sociedad; y la que V. y su familia llevaron á cabo fué una série de contratiempos y accidentes, porque faltaba la práctica de aquella base, precisa para los detalles y para lo que supone algo esencial.

—Pues yo,—atrevióse á observar Pascualico,—he notado que en los viajes se aprende mucho.

—Cierto que sí,—contestó el sacerdote.

—Mire V., señor cura, ¿qué dirá usted que me ha llamado la atención?

—Habla y lo sabremos.

—Es una cosa que me hace pensar y pensar y me dà una guerra... Vamos, que cuando yo sea ingeniero agrónomo veré si consigo sacar mi idea adelante.

—Bueno, hombre; ¿pero de qué se trata?

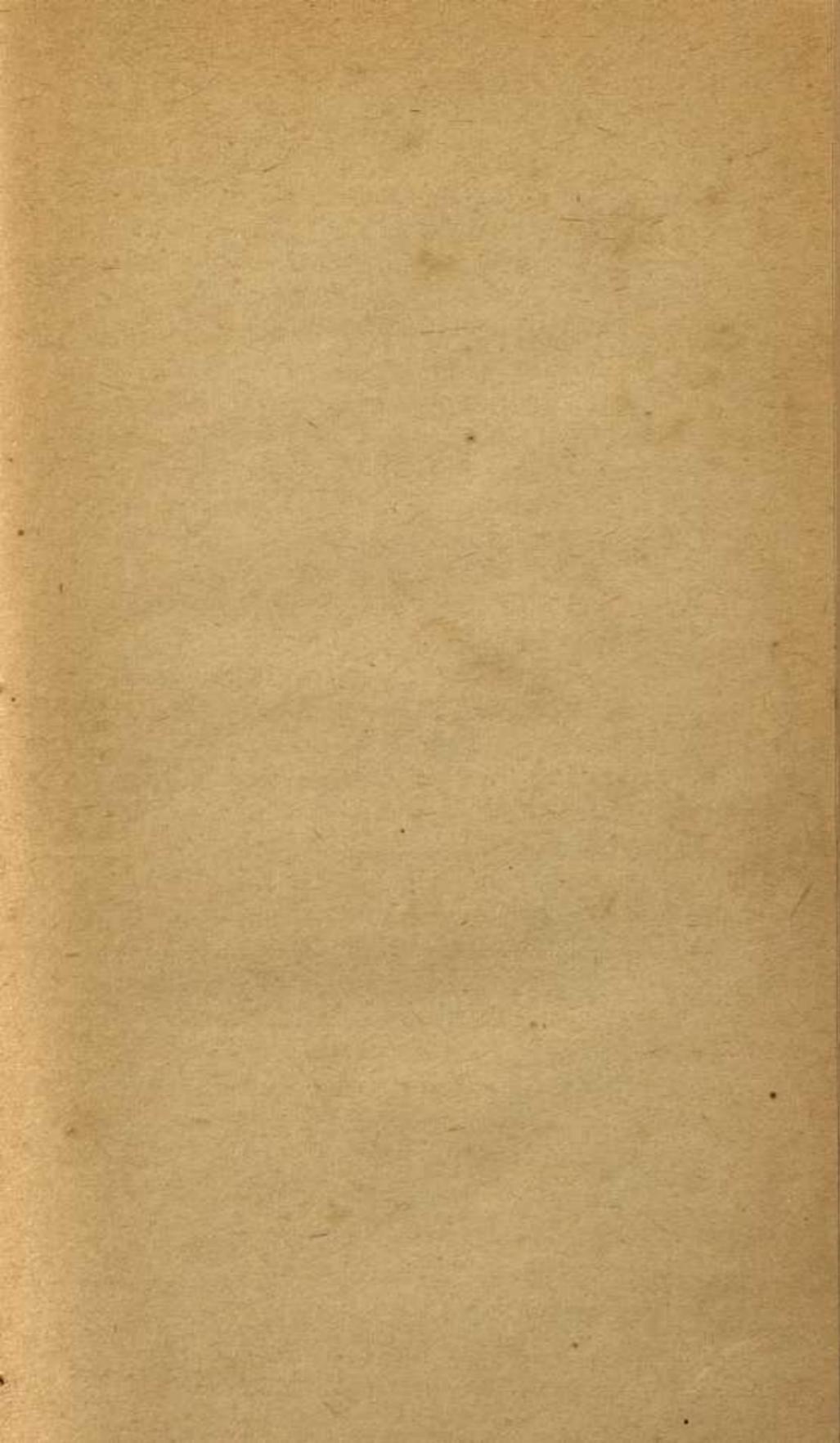
—Pues de que en Málaga tienen yo no sé cuanta agua en el mar, delante de las casas, y no se le ha ocurrido á la gente aquella, convertir en tierra de labor un pedazo de quince ó veinte fanegas.

—¡Ave Maria Purisima!—esclamó el párroco, riendo á más y mejor,

—¿Qué dice V., padre cura?

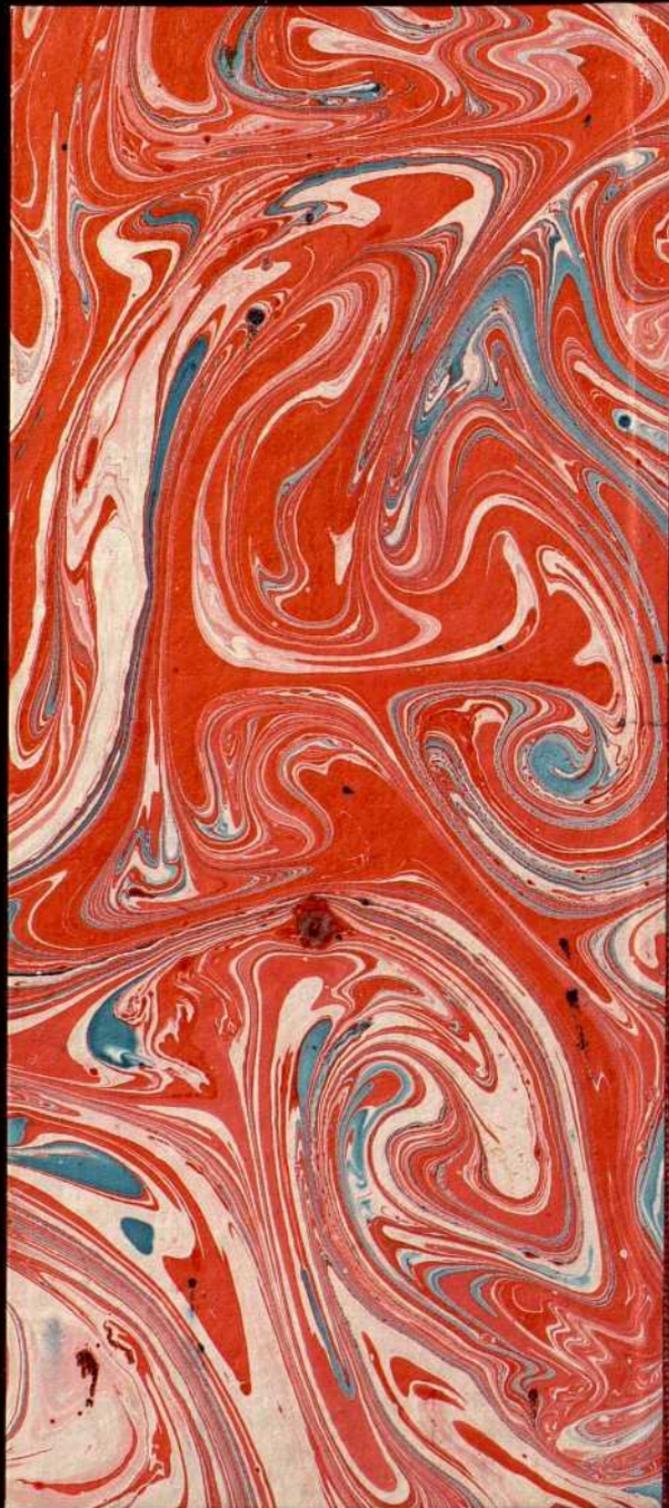
—Nada, Pascualico, nada. Que tocan las *Animas* en la iglesia.

FIN









FAN  
XIX  
520